

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

(Conclusión)

Su credo fué anticlerical y liberal y su tono áspero y punzante. Los diarios hicieron el vacío al morir el heresiarca. Quien pronunció el discurso necrológico en nombre de la Corte Suprema fué parco en el elogio. El Arzobispo impidió que se le sepultara en sagrado. Gallarda vida y consecuente muerte la de don Francisco Javier.

V. M. Villavicencio, «D. Francisco Xavier Mariátegui», en «El Comercio», 6 de agosto de 1926, Lima.

Don Benito Laso (1783-1862) fué el más recio adversario del conservatismo y coadyuvó con Mariátegui y Vigil en la campaña de resistencia a los avances del clero. Desde 1810 estuvo en contacto con los patriotas que se sublevaron en Buenos Aires y amagaron el Alto Perú; en 1814 ayudó al cura Muñecas y a Pinelo en su expedición sobre el Altiplano, a raíz de la sublevación de Pumacahua; en 1815 yacía confinado en Tacna. Desde 1811 había escrito un poema en pro de la causa independiente titulado «El Perú Emancipado», que sólo se publicó en 1825. Redactó la proclama invitando a San Martín a venir al Perú. Coadyuvó a la Campaña de Intermedios, en 1821, y fué «Se-

cretario del General en Jefe del Ejército Libertador». Le gustaba que le llamaran «el Robespierre peruano», por su intransigencia y ánimo libertario. El seudónimo anagramático «Tobías León» ocultó su nombre en muchas publicaciones.

Sufrió prisión de los españoles hasta 1824, y poco después conoció a Bolívar, en el Cuzco, consagrándole desde entonces, tenaz admiración.

Diputado por Puno el abogado arequipeño Laso, fué de los más fervorosos «persas», es decir, de los defensores del Libertador en el Congreso, y de la Constitución Vitalicia o Boliviana. Ocupó altos cargos en el Poder Judicial, presidiendo Corte Superior de Arequipa, y Corte Suprema de Lima, plenipotencias y ministerios, que no hacen al caso en este libro. Nos interesa de él su aliento liberal y la forma cómo se opuso a las ideas conservadoras de Bartolomé Herrera con quien polemizó rudamente. Colaboró en «El Pensador» de Arequipa (1834), discutiendo con el demagogo Deán Juan Gualberto Valdivia. Cuando la Confederación, desorbitado Laso, «fué ministro de tirios y troyanos», es decir, de Orbegoso y de Gamarra. Colaboró en «El Correo» de Lima (1840), y a pesar de sus ideas liberales, confió en 1842, el Convictorio de San Carlos a don Bartolomé Herrera, y la Escuela de Medicina de San Fernando, al famoso médico peruano Cayetano Heredia.

En 1846, Laso atacó a Herrera a propósito de la tesis de éste sobre «la soberanía de la inteligencia». Desde «El Correo del Perú» Laso, y desde «El Comercio» de Lima, Herrera, discutieron ambos sobre este tópico, resaltando al acento liberal de Laso, adverso a las ideas oligárquicas del Rector de San Carlos. Alentaba en don Benito el ímpetu romántico de Mariátegui y el Vigil, si bien desprovisto de la austeridad inmarcesible de éste. Adverso al concordato que propugnaba Herrera (1853) y de Castilla (1858), cuando éste viró hacia la reacción, resultó más radical en la vejez que en la madurez, acompañando a los Gálvez, Mariátegui, Paz Soldán y Vigil. En Laso se da el caso

curioso, pero no raro, del liberal en materia eclesiástica, pero autoritario en política. Es la encarnación del liberal de entonces, más anticlerical que liberal. Su obra está desperdigada en periódicos y folletos, el más importante de los cuales es «Exposición que hace Benito Laso, diputado al Congreso», Lima, 1826, la polémica con Herrera.

J. C. Leguía, «Bibliografía de don Benito Laso», en «Bol. Bibl. de la Universidad de San Marcos», vol. III, diciembre, 1928, N.º 6, p. 294.—B. Herrera, «Escritos y discursos», tomo I, Lima, 1928, Ed. Rosay; Bol. del Museo Bolivariano, Magdalena, Lima, noviembre, 1928.—J. Basadre, «La Iniciación de la República», Ed. Rosay, Lima, Tomo I, 1928; tomo II, 1930.

Francisco de Paula Vigil (1792-1875), tacneño y sacerdote, encarna el primer movimiento liberal peruano, de que fué eco y precursor F. X. Mariátegui, y que luego recogerían, como ineludible mandato, Manuel González Prada hacia 1885, Haya de la Torre en 1923 y José Carlos Mariátegui hacia 1926. Vigil fué maestro en Arequipa. Espíritu inquieto y rebelde no transigía con los avances autocráticos y caudillistas, ni con las pretensiones de los conservadores ultramontanos. La escolástica fué estadio para su entendimiento agudo y su clarividencia democrática. Pertenece de espíritu a los próceres. Lo fué en la más cumplida acepción de la palabra. Al intervenir en la realidad peruana era ya un hombre. En 1812 se doctoró en Teología en la Universidad del Cuzco; en 1815 decidió ordenarse de clérigo; luego se arrepintió de ello, pero en 1818 se ordenó en Arequipa de presbítero. En 1823 se retiró a Tacna. En 1826 era diputado por Arica; se opuso a Bolívar y tuvo que expatriarse a Chile; volvió el 27, diputado por Arica, y combatió a Vidaurre que defendía a Santa Cruz. Se doctoró en Jurisprudencia en 1832. 1834 mar-

ca la hora cenital de su beligerancia y su oratoria política; 1836 la de su patriotismo contra Santa Cruz; 1848, la de su visión doctrinaria; 1863, la de su polemismo. Desde 1836 hasta su muerte, en 1875, ejerció la Dirección de la Biblioteca Nacional. Combatió sin cesar los principios de la Curia Romana defendiendo los de los gobiernos; atacó a los autócratas y a los jesuítas por ser los naturales aliados de aquellos. Su voz fué escuchada con veneración. Aquel viejo, erguido y terrible, como F. X. Mariátegui, ganaba a éste por su pureza indudable. Jamás se manchó en intrigas ni transacciones. «Murió de simple bibliotecario», dice González Prada, glosando su figura como «solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso».

González Prada, «Vigil», en Páginas Libres, París, 1894.

«F. de Paula Vigil», por J. G. Leguía, «Boletín Bibliog. de la Universidad», Vol. I, Lima, 1924, N.º 2, p. 4.

¿Qué representa Vigil? ¿Qué pensó? ¿Cómo se expresaba? «Yo acuso» tituló a su peroración de 1832 contra Gamarra—aun no se presentía a Zola—que estaba apoyado por Pardo y los conservadores. Bilbao, al transcribir en su *Historia de Salaverry*, el discurso de Vigil, proclama a éste «el primer hombre del Perú por sus virtudes, sus talentos y su vasta capacidad». Vigil expresó entonces conceptos perdurables. «Siempre—dijo—he venerado al hombre en cuyas manos está el poder que le conceden las leyes, y respeto a la autoridad hasta en su sombra», pero, más vale el respeto a la Constitución porque, en ésta «nada hay pequeño, que todo en ella es grande y sagrado, porque todo es constitucional». Así se perfiló el futuro constitucionalista y liberal: «Los peruanos no son vasallos de un rey cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hace temblar; somos ya ciudadanos de un pueblo libre: somos el primer poder, y nuestras resoluciones se cumplen; mandamos que vengan los ministros, y los

ministros vienen; decretamos que el Presidente de la República mande ejecutar alguna cosa, y el Presidente así lo hace o debe hacerlo; y nosotros los individuos de esta Cámara tenemos por la Constitución el especial encargo de atisbar la conducta del Ejecutivo, en cierta clase de materias, y somos los principales celadores de la inviolabilidad de nuestra Carta. Mas, desde luego que se descubran las infracciones de ésta, es deber nuestro acusar sin que por esto se menoscabe la dignidad del jefe de la Nación...». «¡Desengañémonos, señores! la respetabilidad del Jefe de la República, no puede apoyarse en ningún punto que se halle fuera del círculo de sus atribuciones constitucionales...» «Yo entiendo» señores, que el magistrado no obra mal, pues él es la obra de las leyes; el que se sobrepone a ellas es el hombre, y ese hombre en tal caso es un tirano, y decid entonces que le rodea el terror y el despotismo, pero no le deis el nombre de respetabilidad, porque la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes. La paz: ¿puede haber paz en el desorden? ¿O puede haber orden en el olvido de las leyes? Quien mantiene la Constitución puede turbar la paz... «Señores, yo he subido a la tribuna para romper una paz mala, y para perturbar esa inacción y ese silencio sepulcral; yo he venido, valiéndome de otras palabras del mismo Señor nuestro, yo he venido a encender fuego y ¿qué queréis sino que arda?».

Bilbao, «Hist. de Salaverry», 1.^a edición, Lima, 1858, p. 91-100.

Este discurso de firme doctrina y bélico acento no fué aprobado por la Cámara. Vigil fué atacado por Gamarra. Luego se vería combatido por Santa Cruz. Pero su mayor nombradía y actividad las alcanza en «Defensa de la Autoridad de los Gobiernos» (1848) condenada y combatida por el propio Papa Pío IX, en el célebre Breve de 10 de junio de 1851. Vigil abandonó entonces los hábitos talares. El periodista que en 1834 colaborara en «El Genio del Rimac»; hacia 1840, 46, 51 y 54 en «El Co-

reo»; en 1858 en el ya nombrado «Constitucional»; en 1862 en «La América», y de 1871-75 en «El Correo del Perú», fué, ante todo, un nacionalista sin cuartel y un fervoroso de la libertad por sobre todas las cosas. De estilo desmañado, «aliterario», su fuerza está en la sólida argumentación y en su conducta inmaculada. Incorruptible y macizo, pero sin gracia. «Es además—dice Leguía—uno de los más abnegados y sabios propagandistas de la idea panamericana. Cuando México gemía bajo el poder de Maximiliano, y los países occidentales de la América del Sur eran amenazados por las naves de Isabel II, el Nuevo Mundo escuchó la evangélica palabra del insigne peruano, consagrada por una de las más puras vidas que jamás alentó en estas tierras de Indias».

Este hombre, escribió «*Defensa de la Autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana*» (3 vols.), que mereció el aplauso de Gladstone, el elogio de Emile Girardin, y la excomunión del Papa. La respuesta de Vigil provocó otro *Breve papal*. En 1852, Vigil insistió con el «*Compendio de la Defensa de la Autoridad, etc.*», a la que siguieron las «*Adiciones a la Defensa*» (1852); una nueva edición de la obra toda, en cuatro volúmenes (1856); nueva edición del *Compendio etc.* Fué la gran pasión de Vigil defender el Patronato contra Roma. En 1861, publicó su «*Compendio*» de la obra titulada «*Los jesuítas*» que salió en cuatro volúmenes, el año 1863, y en la que ataca ferozmente a la Iglesia. Escritor de Derecho, defendió la «*Paz Perpetua en América o Federación Americana*» (Bogotá, 1856) que alcanzó cuatro ediciones: la «*Soberanía Nacional*» (1857), el «*Gobierno Republicano*» (1857), la «*Educación Popular*» (1858), la «*Educación del Bello Sexo*» (1858), la del clero y la «*Tolerancia de Cultos*», (1861 a 1862). Fué un vehemente enemigo de la pena de muerte (1862) y atacó a Pío IX, «en defensa a la Iglesia Católica»; polemizando luego con el P. Gual. Sus escritos políticos sobre «*La Consolidación*», su conducta en 1833, 39, 55; su ataque a los conservadores; su «*Catecismo*» patriótico (1858)), todo hace de

Vigil una figura de primer orden: agitador, suscitador, hombre libre, mal escritor, gran pensador; tronco de grandes escritores—Prada, Montalvo—y de hombres libres.

Mientras así coincidían los retoños del neoliberalismo (Vigil) y los del roussonianismo prócer (Mariátegui), proseguía, por otro lado, la tarea conservadora. Don José María Pando y don Felipe Pardo Aliaga contaban ahora como aliado implícito con don Manuel Lorenzo Vidaurre, el pintoresco autor de las «*Cartas Americanas*», convertido en contradictorio padre del «*Vidaurre contra Vidaurre*». En el seno de este movimiento caminaba el talento de Bartolomé Herrera, gran orador y campeón del conservadorismo peruano; pero, como venganza, al abrigo de Herrera, se incubaría el liberalismo de Laso y los Gálvez, al radicalismo encendido de los antiesclavistas y el radicalismo convencionalista del año 55.

Los liberales recibían la ayuda de Sebastián Lorente, mientras los conservadores se robustecían con la de José Joaquín de Mora, ambos españoles avecindados en el Perú. Testigo de la iniciación de toda aquella agitación, Flora Tristán publicaba sus impresiones sobre el Perú.

FLORA TRISTÁN

Es curioso ver cómo inciden en torno a la figura de Gamarra, los tres brotes más significativos del pensamiento peruano de ese período: Vigil, del liberalismo; la Tristán, del socialismo; Herrera, del conservantismo. Pando y Pardo fueron ministros de Gamarra; Vigil y Mariátegui sus adversarios; Herrera su admirador; la Tristán su cronista. Gamarrapor diversas circunstancias debió ser un fuerte tipo de caudillo, pero le faltó ductilidad. Dió dos Constituciones, dirigió dos guerras desgraciadas contra el extranjero, cooperó a dos expediciones contra otro Gobierno del Perú, actuó en dos campañas por la libertad: el número 2 preside la vida de Gamarra: tuvo dos

esposas, y ante él se formaron sólo dos frentes. Basadre dice de él: «Era indígena por la resistencia física, por la reserva y por el disimulo; era mestizo por la sagacidad, por la ductilidad y por la actividad; y era blanco por la actitud reflexiva y consciente. En él se operaba la transformación caudillesca y militar del descendiente de labriegos, que en casos corrientes, se convierte en tinterillo o en comerciante. Solapado y tozudo como un campesino, era también listo como un tinterillo, y sórdido como un comerciante. Del militar tenía la experiencia en las campañas, la capacidad de actuar, el conocimiento del territorio, el afán de usar de la fuerza para la gloria personal o del país; pero no tenía la marcialidad decorativa, el valor heroico, la disciplina rígida. A todo esto unía la ciencia de un viejo; más de cincuenta años bien vividos tenía en 1839. La nota más resaltante de su carácter es la ambición. Pero una ambición acompañada por un gran disimulo».

Basadre, «La Iniciación de la República», Lima, 1930, tomo II, p. 407.

Flora Tristán, la «Paria», estuvo en el Perú el año de 1833: un año antes del «Yo acuso» de Vigil, cuando se iba a precipitar el país en la guerra civil, reaccionaria, colonialista. Flora venía herida de amor y desengaño, en plena juventud. Había nacido el 7 de abril de 1807. Su padre era el arequipeño Mariano Tristán, acaudalado y noble; su madre una francesa, Teresa Leisneys, con quien aquel casó clandestinamente en España. Bolívar la conoció ahí y la tuvo entre sus brazos. Contaba Flora cuatro años cuando el padre murió en París. La madre y sus dos hijos.—Flora y un hermano—fueron a vivir al campo: ahí murió el hermano. Flora tenía quince años; poco más tarde, era obligada por su madre a casarse con Andrés Chazals, grabador, a quien ella no amaba. Apenas estuvo tres años unido el matrimonio. Cumplía los veinte Flora, y ya estaba separada de su esposo. A raíz de tal desenlace, entró en correspondencia con su familia del Perú.

«Peregrinations / d'une Paria / (1833-1834) / par Mme. Flora Tristán / Dieu Franchise, liberté / Tome premier / Paris / Arthur Bertrand, Libraire Editeur, Rue Hautefenill, N.º 23, 1838». El tomo II tiene igual portada.

Flora tenía dos hijos, fruto de su casorio, y, usando indistintamente el título de «viuda»—que no lo era—o «señorita»—que tampoco lo era—se convirtió en una auténtica *paria*, perseguida por los prejuicios sociales (tomo I p. XXXVII). Su esposo, en tanto, no desmayaba en el deseo de reconciliarse con ella. Flora, cansada de sufrir, pensó en matarse. No lo hizo. Chazals no descansaba en su persecución. Flora, con sus dos hijos, llevaba una vida mártir, y ello se agravó cuando al cumplir ocho años su hijo varón, el padre lo pidió para educarlo. Cansada y triste, la *Paria* le entregó al hijo, a fin de no soportar más las obstinadas buscas de Chazals. Para olvidar un poco, se fué, con su hija mujer, a Angulema: usaba ya como apellido, el peruano de su padre: Tristán y no el de su esposo. Conoció por esos días a Madlle. Bursac y a ella le entregó su hija. Fué a Burdeos. Ahí encontró a Mariano de Goyeneche, quien por amistad a su padre y creyéndola soltera, la ofreció ayuda embarcándola en «Le Mexicains», comandado por M. Chabrier quien había conocido a Flora como «viuda». «El 7 de abril de 1833, día de aniversario de mi nacimiento fué el de mi partida» (I, p. 1). M. Chabrier hubo de conocer el secreto familiar de la *Paria*. Dolida e indignada, Flora maldijo «esta organización social que, en oposición con la Providencia, substituyó la cadena del forzado al lazo de amor, y divide la sociedad en siervos y patronos» (tomo I. p. XLIV).

Durante la travesía, realiza Flora serios progresos *espirituales*. Creía hasta entonces que los hombres de diversos países eran extranjeros, y sólo entonces supo que «tous les hommes sont freres et que le monde est leur commune patrie (I, p. 29). M. Chabrier se insinuaba, y el romanticismo del viaje resquebraja-

ba la coraza de la Paria. Ella observaba atentamente a los marineros: «Le vrai matelot doit être comme le limason qui porte tout sur lui» (I, p. 91); un diálogo entre Chabrie, David y Briet le inspira una página hermosa (136 y sig.). Flora se siente y se dice peruana (I, p.31), roto el anclaje que la retenía en Europa. De temperamento sanguíneo (I, p. 151), y fiero, se ahinca en su obra. Pero, antes iba en pos de un millón de soles que constituía su herencia paterna.

A los 131 días de viaje llegan a Valparaíso, donde todos hablaban el francés, que estaba de moda (I, p. 164). Para su desgracia, ahí conoce la noticia de la muerte de su abuelo, que era su más fuerte esperanza para obtener lo que le correspondía por herencia. Queda desamparada en adelante.

El carácter de los chilenos le pareció frío; sus maneras duras y altaneras; sus mujeres, tenían «de la roideur», hablaban poco, eran lujosas en sus toilettes, pero de aspecto desprovisto de gusto (I, p. 184). Zarpan hacia el Perú. El capitán Chabrie era galán romántico, y Flora, vibrante de amor romántico y ultraterreno. ¡Qué contraste el de la costa peruana, cuya aridez la llena de congoja! (I, p. 201). Rompiendo tamaña sequedad, escribe una carta a su tío Pío Tristán: en ella refiere Flora que Bolívar, Bompland y Robinson (Simón Rodríguez) conocieron mucho a sus padres. «Il (Bolívar) m'a vu élever par non père». (I, p. 206). Al llegar a Arequipa, la fué a saludar Luna Pizarro, «petit Lammenais peruvien», «chef du parti republicain» (I, p. 227). El tío Tristán era candidato a la Presidencia de la República: al libertarse del sortilegio lírico del viaje en «*Le Mexicain*», la coge el sortilegio polémico de la política peruana.

Flora en Arequipa no encuentra sino sorpresas, y, luego, sinsabores: sorpresa por la pequeñez del pie de su prima Carmen (I, p. 282), sorpresa por un temblor de tierra (I, p. 292), sorpresa al presenciar, en la plaza de las Mercedes, la celebración de un «Misterio» que le recuerda el de «Notre Dame» de Víctor Hugo; sorpresa ante el poder del clero, que explotaba la creduli-

dad pública, poder que «ils le conservent long temps encore». «L'eglise perusienne exploite au profit de son influence, le gout de la population» (36..). Los arequipeños son «de fácil elocución» (I, p. 370). Y en esto llega a Arequipa M. Chabriré buscando a su dama platónica, a Flora la Paria.

Comienzan los sinsabores con el tomo II, apenas Flora insinúa sus pretensiones. El tío Tristán con su avaricia extrema se opone a la viveza del carácter de Flora. Ella no confía en la justicia: su desencanto le dicta ya esta amarga sentencia: «dans un pays où la justice se vend» (II, p. 24). El ambiente político la gana. Su descripción de la revolución de 1834; del deán Valdivia; de los cupos de Nieto, las dudas de Althuaus y el «ancien president Gamarra» son interesantísimas. Pero el desengaño ha puesto de relieve la angustia de su espíritu. Una cita de St. Pierre (II, p. 37) delata el amor pugnante. Flora empieza su cuita: «je ne vivais pas: vivre c'est aimer, et je n'avais conscience de mon existence que par ce besoin de mon coeur que je ne pouvais satisfaire» (II, p. 99).

«*Mon coeur!*». Queja romántica de esta alma atribulada y sin amparo. Ya no tiene fe, Flora. «A cete époque—dice—sans croire au catholicisme, je croyais á l'existence du mal; je n'avais pas compris Dieu, sa toute puissance, son amour infini pour les êtres qu'il cree; mes yeux ne s'eta ient pas encore ouverts. Je ne voyais pas que la souffrance et la jouissance sont deux modes d'existence inseparables de la vie; que l'une amene l'autre inevitablement, et que c'est ainsi que tous les êtres progressent, que tous ent leurs phases de dévelop pement far les quelles ils doivent passer, et qu'avengles agents de la Providence, tons aussi ont leur mission a remplir, de la quelle nous ne ponvons supposer qu'ils puissent s'écarter sans revaler la puissance divine» (II, p. 104).

Esta alma acongojada ascendra ya un descontento trascendental. Resbala sobre ella la anécdota de las diferencias entre el Deán Valdivia y la señora Gamarra, la Mariscalá. El propio

paisaje la inspira observaciones de pesimismo: él, el paisaje «laisse l'ame des Arequipéniens froid, sterile; jamais que je sache», le dice su prima Carmen; y Flora aconseja leer previamente a Homero, Virgilio, Racine y Byron.

Hay una tregua al subjetivismo. El espíritu de Flora es ganado por los acontecimientos. Y observa y anota: «l'Indien préfère se tuer que d'être soldat» (II, p. 123). Retrata a Escudero, el secretario de la «reina», doña Pancha Zubiaga de Gamarra; vitupera las guerras civiles peruanas. Luego, Flora, viene a Lima, huyendo de la tentación que es el amor frenético de Escudero

Se aloja, bajo los consejos de su tío Manuel, en un hotel francés perteneciente a una ex actriz. Lima se le presenta como «encore une ville tonte sensuelle» (II, p. 343). Se entretiene oyendo música de Rossini y discursos políticos; el presidente Orbegoso le parece una «nulidad completa» (II, p. 345), y el deán Valdivia, el «Marat del Perú». Flora observa a las limeñas, y si a las chilenas las juzga frías, a las mujeres de Lima las considera así: «no son bellas generalmente, pero su fisonomía graciosa subyuga con irresistible ascendiente». (II, p. 365). La limeña es seductora, sí; su atuendo—la provocativa saya—enloquece a los hombres (II, p. 371-72); pero, adentro de ese aparato frívolo y brillante, Flora descubre las taras: la conmueven las desventuras de la Princesa Looz de Rivagüero, mas es mucha mayor la angustia humana de los siervos. En el Chorrillos aristocrático, percibe la tragedia del colonialismo; la hacienda de caña de Lavalle le muestra el horror de la esclavitud (II, p. 403); luego, la misma sensualidad limeña (II, p. 423) prodúcele fastidio, y Flora se va. Pero, antes, simbólica entrevista, conversa con la Mariscal Gamarra. Doña Pancha está en su ocaso de poderío; en su plenitud de vida. La sombra del vehemente Escudero las une y desune. El dolor derriba murallas. Flora se irá a Europa, sin fortuna y con dolor (15 de julio de 1834). Se irá y a los cuatro

años—1838—aparecerá su libro: «*Peregrinations d'une Paria*». En la dedicatoria se lee: «*Aux Peruviens*».

Se ha despertado la luchadora social. Del amor romántico de M. Chabrié tan sólo quedan cenizas. Flora analiza, fría y dura: «*j'ai dit, après l'avoir reconnu, qu'au Perou, la haute classe cat profondément corrompue, que son égoïsme la porte, pour satisfaire sa cupidité, son amour du poivoir et ses autres passions, aux tentatives les plus anti-sociales; j'ai dit aussi que l'hantissement du peuple est extreme dans toutes les races dont il se compose*» (I, VII). Flora pide que se creen escuelas en el Perú y que a ello se consagren los bienes de los conventos; es preciso amparar al pueblo, al proletario, porque «*l'homme qui a un métier n'est plus un proletaire; a moins que des calamités publiques ne le frappent; il n'a jamais besoin d'avoir recours a la charité de ses citoyens*» (I, IX). La esperanza de la revolucionaria Flora está en que América se arraigan los prejuicios muchos menos que en Europa. antes de firmar «*votre compatriota et amie*», en París, agosto de 1836, afirma con orgullo: el Perú «*était de tout l'Amérique, le pays le plus avancé en civilisation*». Ya Flora ha ampliado el conocimiento y el sentimiento del mundo. Borra fronteras su incipiente socialismo, y se aferra a la tierra misma: «*Los hombres—dice—son necesarios a la tierra en que viven*» y, «*cada uno de ellos tiene una misión para la que la Providencia lo llama*» (14). Todavía cree en los «*hombres iluminados*», pero ya afirma que el pueblo más adelantado será aquél en el que haya hombres capaces y que confundan el interés propio con el colectivo (XVI). Para ello se requiere que el hombre no sólo sea instruído, sino que haya sufrido «*y sufrido mucho*» (XXII). Flora cree en el dolor fecundo. Es verdad que su vocabulario está inundado de ciertas frases hechas como «*la religión del progreso*», «*la opinión, reina del mundo*»; más ya afirma—eco del 30—la necesidad de renovar la «*organización social*» y «*el estado moral de los pueblos*», sintiéndose ella misma *Paria*, es decir, uno de esos esclavos o siervos estigmatizados por «*los prejuicios religiosos*

y demás»; parias cuya conducta debiera ser mirada con indulgencia, reprobándose en cambio al opresor. La mujer es el paria más triste de cuantos existen. Esclavizada, oprimida por todos los prejuicios, hay que libertarla. Flora proclama la urgencia del divorcio, a pedido de una sola de las partes, y yergue su pendón revolucionario social.

Publicado su libro, ha roto las amarras con el pasado. En adelante su vida es de lucha. De su estancia en Inglaterra nos deja el libro «*Paseos en Londres*», crítica aguda a la sociedad sajona. Luego se lanza a la propaganda socialista. En 1843 publica un folleto sobre la unión obrera: «*L'Union Ouvrière*».

Lewis L. Lenom en el tomo I de su «*Historia del Internacionalismo obrero*», Edición Ercilla, Santiago de Chile, 1934, I, p. 28, resalta que Flora quería sobre todo una organización internacional y que los trabajadores franceses formaron una clase.

Se tiraron 20,000 ejemplares en tres ediciones de «*L'Union Ouvrière*».

Defendía la organización sindical, el derecho al trabajo, las prerrogativas de la mujer. Su novela *Memfis* tendría el mismo objetivo de protesta social. «Actuó—escribe Jorge Basadre—en mítines, provocó huelgas y tumultos, recorrió provincias en prédica de rebeldía, preparando así la revolución del 48. Muerta en 1844, su entierro fué popular y solemne». (Al margen de un libro olvidado, «*Boletín Bibliog. de la Univ.*» Vol. I, N.º 2, p. 11, Lima 1923). En el Cementerio de Chartreux, un monumento elevado por suscripción popular, recuerda a esta luchadora infatigable, extinguida a los 37 años de su edad. De su estirpe habría de nacer otro gran inconforme y precursor: Pablo Gauguin, padre del expresionismo contemporáneo.

F. Cossio del Pomar, *Vida y Arte de Paul Cauguin*, París, 1928.—Puech, «*Vie et Oeuvre de Flora Tristán*», París, 1928.

HACIA EL DEBATE IDEOLÓGICO

Eran los años de definición. Flora vió un Perú que trataba de abandonar sus hábitos coloniales, pero en el que subsistían demasiado rezagos del virreinato. Los hombres que gobernaban el Perú pertenecían a la rancia aristocracia colonial. Justamente el año de 1834, se perfila la autocracia de Gamarra, pero Vigil pronuncia también su célebre discurso en el Congreso, y Pando se aleja del país. Este alejamiento de Pando encierra cierto significado. Pertenecía al grupo conservador de Felipe Pardo y J. Joaquín de Mora, profesor éste en España de Martínez de la Rosa, el pseudo-liberal Martínez de la Rosa, en realidad conservador moderado y emboscado.

Luis Sosa. «Martínez de la Rosa, *El Político*», Madrid, 1930, p. 39.

Riva Agüero, «*El Perú histórico y artístico*».

Mora, Pando, Pardo, Olmedo representaban al conservantismo. A ellos se uniría Vivanco, el «Presidente bonito», y Bartolomé Herrera. Contra este grupo luchaban los liberales, a cuya cabeza estaba Vigil. Adversario de la autocracia bolivariana, que le desterró a Chile; enemigo de la dictadura gamarrista; fervoroso de la libertad, Vigil contrastaba con aquellos intelectuales, partidarios de la autoridad férrea, personal, inflexible de uno sobre los demás; cantores de Bolívar dos de ellos—Olmedo y Pando—, partidarios de Gamarra todos y defensores de la esclavitud, Pardo y Pando, como se ve en la «*Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales*

del Departamento de Lima» contra la manumisión de los esclavos (1833) de Pando, y en las poesías de Pardo. Nació entonces Ricardo Palma. Pardo escribe «Don Leocadio». Más tarde, se ubicaron en diversos campos. La aristocracia intelectual pudo más que el Presidente del Congreso, Vigil. En 1834, Gamarra, fugazmente, asentó su mando. Ese mismo año, sufría un duro revés en Maquihuayo, encaramándosele entonces el feble Orbegoso, quien llamó a Vigil a la Biblioteca Nacional; a la vez Santa Cruz tendió sus redes para pescar la libertad del Perú.

Pando, el de la «Epístola a Próspero», se alejó de América. Ex Ministro de Gamarra, en 1833 había ido a la sierra y, luego, se dirigió a Europa, por la vía del Sur. Tenía entonces 47 años. Hacía diez que había regresado al Perú. Desde Valparaíso, Pando le escribía a Pardo el 27 de octubre de 1834: «siempre temblaré por lo futuro y deploraré la necesidad que encadena a Ud. en un país tan poco análogo a su honradez, pundonor y talento».

(Bol. del Museo Bolivariano, I, p. 356, Magdalena, 1928).

Así correspondía el conservador Pando, el renegado Pando, a las generosidades del Perú. Nacido en Lima en 1787, se educó en Madrid y fué diplomático de S. M. desde 1802, en que se le envió a Roma, donde conoció a Bolívar y en «donde adquirió el amor a las bellas letras y la pasión por el estudio, que no lo abandonaron toda su vida».

(F. Pazos, art. en el Bol. Bolivariano, Magdalena, 1928, I, p. 221).

Su juventud no auguraba aquella transformación final. En Roma estuvo preso por haber rehusado homenaje a José Bonaparte; por ello el Rey Fernando VII—como ya se ha dicho—le llamó a su secretaría en 1818, con facultad de dar decretos. En 1822 estaba en la 1.^a secretaría de Estado. Luis XVIII le expulsó

de París; en 1823 tornó al Perú. Rodil le permitió, en 1824, venir a Lima. Bolívar le nombró su Ministro. En 1827 redactó «El Mercurio Peruano». Los bolivarianos estaban de capa caída; pero Gamarra sacó a Pando del olvido y le nombró nuevamente Ministro. A la caída de Gamarra emigró. ¡Y así pagaba tantas mercedes! Mas España no olvidaba al absolutista Secretario de Fernando VII, trocado en emancipado Ministro del Libertador. El Presidente del Consejo de Ministros, Calatrava, le negó su condición de español. Pando, en 1837, protestaba contra la *suposición* de haber renegado de su país, «por una miserable agrupación de hombres de todas castas, viciados, desenfrenados, oprimidos, divididos en bandos feroces, envueltos en perpetua anarquía».

(Juan de Arona, «Páginas Diplomáticas», Lima, 1891, p. 92 y 97).

Pando fué aceptado en España. El año 37, este hombre inescrupuloso publicaba en Cádiz sus «*Pensamientos y apuntes sobre moral y política*». En 1840 murió. Después se publicó el célebre «*Derecho Internacional*», en que se funda la fama de Pando.

LA CONFEDERACION Y LA MUSA POPULAR

Recapitulo tales hechos para dar idea del ambiente y la calidad del conservadorismo. Frente al nacionalismo intransigente de Vigil, aparecen el derrotismo de Pando, el sectarismo de Pardo y la indiferencia de Mora. En tanto, Santa Cruz preparaba la intervención boliviana en el Perú, conocida con el nombre de «Confederación Perú-boliviana».

Vigil censuró a Santa Cruz. El joven Herrera escribía algunos sermones sin importancia. Segura copiaba todo aquel ajetreo, deformándolo, pero sin acritud, preparando sus comedias

Pardo apoyó al caudillo Salaverry, tipo seductor, pero sin consistencia. Mora defendía a Gamarra en Chile.

Pocas veces surgió la musa popular como entonces. Salaverry, el caudillo de 28 años, escribía también versos. Bilbao, su exégeta, los ha recogido. En «El Conciliador» se reproducían proclamas, versos y cánciones. Sacudido el Perú de Norte a Sur por la guerra civil y por la guerra internacional, florece en himnos y declamaciones. Los poetas populares cooperan con versos a la defensa de sus ideales. Salaverry, vibrante—padre de poeta, del mejor poeta romántico del Perú—escribe fogosamente los siguientes versos que musicalizados alcanzaron popularidad:

CANCIÓN

*Vuestras armas, valiente guerrero,
En honor de la patria envainad,
Que no deben brillar los aceros
Donde reina feliz libertad.*

Ya el Perú necesita el reposo:
Que Minerva y Astrea le dieran,
Y que Marte con plácido gozo
Miles veces falaz le ofreciera.

Tornad, pues, vuestra lanza en azada,
Grandes surcos abrid a la tierra
Y esperad que esta madre olvidada
Os dará lo que no os da la guerra.

El honor militar no es herir
Los derechos de un pueblo inocente.
¡Qué un ejército cría valiente
Porque sepa por ellos morir!

El honor militar no prescribe
 A la ley de un tirano ceder,
 El honor militar sólo pide
 En el campo morir o vencer.

La carrera de gloria que hicieron
 Los valientes en otras regiones,
 Ellos mismos también la perdieron
 Por quererse erigir Napoleones.

*Libre América detesta tiranos,
 Quiere leyes y constituciones.
 Militares que sean ciudadanos
 Y héroes que sean Washingtons.*

(Bilbao, «Historia de Salaverry», Lima, 1858, p. 89. Lo subrayado es por mí).

Pardo sirve a Salaverry en Chile. Segura sigue estrenando comedias, sin ambiciones. Mariátegui habla de libertad, B. Lazo vacila entre uno y otros, Vigil censura a Santa Cruz. Los músicos también se exaltan. Para animar al constante ataque en Uchumayo, las bandas de guerra salaverrinas tocan «al ataque» de ese nombre, única música vibrante, guerrera, belicosa, entusiasta, de nuestra historia. Los ámbitos recogen aquellos acordes marciales, y la musa popular ensalza a Salaverry, fusilado en Socabaya (1836). Una marcha fúnebre nace más tarde; fúnebre, solemne, lamentosa: la *Marcha Morán*. Basadre las comenta así: «Nuestra historia republicana sólo podía producir dos clases de marchas militares: el «Ataque de Uchumayo» y la «Marcha Morán»: la una nació después del fugaz triunfo obtenido en la campaña de Arequipa sobre el ejército de Santa Cruz en 1835. Encarna la improvisación, el entusiasmo breve, el arrebató de

la esperanza. Sólo clarines y tambores la tocan: marcha vibrante y agresiva como una proclama, acaso nació después de una loca jarana con arpa, guitarra, cajón, dicharrachos, mujeres y alcohol: transformación guerrera de la zamacueca. La «Marcha Morán» encarna el homenaje tardío, el inútil respeto póstumo, la postergación del bueno y del apto, la tristeza de nuestra república invertebrada...».

(J. Basadre, «La Iniciación de la República», II tomo, Lima, 1930, p. 372).

Sobre la tumba de Salaverry se establece la Confederación Perú-boliviana, con Santa Cruz a la cabeza. En su corto y azaroso período (1836-39) todas las preocupaciones se vieron canalizadas hacia la política. Sin embargo, de entonces data una importante disposición: la reforma educativa. El 9 de noviembre de 1836 quedaron delimitadas las funciones de la Universidad y las de los Colegios Mayores. Se estableció ahí que en el Colegio de San Carlos, cuyo plan duraba ocho años, y al cual se ingresaba al terminar los estudios de Gramática Castellana y Latina, se estudiase Aritmética, Geografía, Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia y Literatura, Lenguas vivas, Latín y Filosofía, Derecho Natural y de gente, Constitucional, Romano, patrio y canónico, Economía Política y Diplomacia. No se exigía edad alguna para el ingreso. Las letras recibieron impulso, pero fué fugaz. La guerra, reencendida en 1837, no cesa hasta que en 1839, derrotado Santa Cruz, como antes lo había sido Orbegoso, cae la Confederación. En esta lucha entre santacrucistas y antisantacrucistas, Pardo, a partir del 36, abrazó el partido de éstos. En sus letrillas de «*La Jeta*» (Lima, imp. Tadeo López) que publicó bajo el seudónimo de «Mr. Alphonse Chunga Capac Yupanqui», atacaba al boliviano por su afán napoleónico y por su proverbial «jeta». Pardo se ensaña contra el «*jetón Santa Cruz*» del siguiente modo:

A Lima vuelvo, limeñas.
 El cielo me hace propicio
 tan singular beneficio.
 Dadme los brazos, risueñas,
 que no los dais a un veleta
 pues mi sexo
 tiene aplomo con el peso
 de mi jeta.

.....
 Vestido con elegancia
 de guerra está don Jinés.
 Penacho ostenta y arnés;
 más la cruz del Rey de Francia
 (para él la honra más completa)
 que al pecho lleva colgada
 va tapada
 con la jeta.

(Basadre o. c. II, 43).

Pardo se dedica desde «*El Intérprete*» a zaherir a Santa Cruz, y los amigos de éste le respondían desde «*El Eventual*» y «*El Barómetro de Chile*». Para acallar el ataque, el ministro boliviano, Juan de la Cruz Méndez, denunció judicialmente al satírico, a la vez que «de acuerdo con órdenes superiores» le respondía por medio de letrillas. Grave yerro buscar a Pardo en su terreno: la letrilla. Imitando el modo de hablar andino, decía el limeño en una de sus sátiras:

Mustio y mohino don Mendo
 así explica su dolor:
 «Viracocha, protector
 que el conquista estás regiendo

«anda la Chile dejeste,
don Mendo embarca al momento».
Mas no deste la talento
coando el credencial me deste.
Con credencial nada saco
ni diplomacea estoy diestro.
Hombre; cuando haces menestro
¿por qué me dejas guanaco?

Otro periódico, «La Aurora», de Andrés Martínez, reemplazó a «El Intérprete» de Pardo, y luego «El popular» de Bonifacio Lazarte y la «Bandera bicolor de Bujanda». Una coplilla popular aludía a Santa Cruz con acento macabro:

Tirón, ton ton
que viene, que viene
el cholo jetón.

Basadre, o. c. II, p. 51.

Se desarrolla la guerra. Llega la expedición de Bulnes y derrotan a Orbegoso en Guía. El hecho de que fuesen tropas chilenas las que apoyaran a Gamarra, y que éste—autócrata del 34—viniese en la llamada «Restauración», acarrearón la impopularidad de los vencedores. Un poeta anónimo se lamentaría desde las fortalezas del Callao:

Desde estos muros
sobre estas torres
lamento y lloro
de noche y día,
de los peruanos
la sangre ilustre
que el araucano
derramó en Guía.

¡Gamarra impío!
 mira ese suelo
 que el vil chileno
 pisa atrevido.
 Esta es tu patria,
 traidor cobarde
 dó haces alarde
 de felonía.
 Ya tengo el rayo
 que a tu cabeza
 en mil fragmentos
 convertirá;
 y a esos lamentos
 de viudas tristes
 que causa fuistes
 se vengarán.

(«Eco de Pachacutec», 12 de dic,
 1838; Basadre, o. c. II, p. 278).

Una tenaz «campana de papel» saluda tales acontecimientos. «El Periodiquito» ataca valiéndose de apodos, chistes, versos, diálogos; frecuentemente circulaban boletines anónimos: una corrosiva literatura popular intervenía en la política. Lima en poder de los «restauradores» repetía la copla anónima:

Desde estos muros
 sobre estas torres...

Se clausuró el teatro. Un silencio pretoriano epilogó el triunfo sobre la Confederación (1839).

Ese mismo año, Segura estrena su primera comedia: «El Sargento Canuto», Vidaurre publica su dolido «Vidaurre contra Vidaurre»; se edita el primer número de «El Comercio»; Pardo prepara «El Espejo de mi tierra». En 1841 se funda el Colegio de

Guadalupe (7 de febrero), con sólo 40 alumnos, bajo la dirección del marino don Ramón Azcárate, y por iniciativa de don Domingo Elías y don Nicolás Rodrigo, español. Gamarra emprendía, poco después, la trágica aventura de Bolivia, en la que encontró la muerte, y sobre su tumba nació a la vida pública don Bartolomé Herrera (1842). Entretanto, los gestores de Guadalupe se dirigían al joven maestro español, don Sebastián Lorente, quien se embarcó rumbo al Perú a fines del 42. Ya se había desencadenado la anarquía en el Perú. Dos, tres, cuatro presidentes se disputaban a la vez el mando. El año 43 llegaba el primer ejemplar de las poesías de Zorrilla, a la librería de Poppert. El romanticismo sobrevenía nítidamente. Pero, contemplemos antes la iniciación de la lucha entre conservadores y liberales, entre clásicos y románticos.

Sánchez, Breve noticia de la Facultad de Letras 1918, Lima. Herrera, Escritos, «Discursos», Lima, 1929. Elvira Rodríguez Lorente, «Sebastián Lorente», en Boletín Bibliográfico de la Universidad, Lima, I, p. 73.

IV

EL TEATRO Y LA POLÍTICA

Al recuperar el Perú la libre disposición de sus destinos, en 1839, trató de darse una nueva forma política ya que su mentalidad se había modificado. No es exacto que se definiera entonces un agudo sentimiento nacional, pero, sí, que se fortaleció el nacionalismo merced a la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, a la que el público denominaba, simplemente, *boliviana*. A su vez, los orbegosistas, auxiliares de Santa Cruz, denominaban a la expedición chileno-peruana de Bulnes y Gamarra, nada más que «los chilenos». Ambos bandos se ampara-

ban en el nacionalismo para atacar a sus opositores, pero, ambos bandos estaban complicados con «extranjeros». En realidad, el peruanismo puro sólo estuvo representado por Salaverry: fusilado éste en Socabaya, 1836, se ahogó la auténtica esperanza peruana. Los partidarios de Orbegoso continuaron apoyando a los bolivianos de Santa Cruz, mientras los partidarios de Gamarra se echaron en brazos de los chilenos. Huyó, derrotado, Santa Cruz. El niño Ricardo Palma le vió pasar, fugitivo, a caballo por la calle de Aldabas, a la indecisa luz de los mecheros: ahí nació su vocación de tradicionista, y sobre aquella escribió su última tradición. Deshecha la Confederación, ciertamente se avivó el espíritu peruanista, pero no libre de toda complicación vecinal. Verdad es que, entonces, el concepto de nacionalidad no excluía tanto como ahora a las naciones americanas unas de otras: todavía se conservaban en algunas constituciones un artículo según el cual eran ciudadanos de cada país los nacidos en cualquiera otra región de América.

Pero entonces, se perfiló un nuevo concepto que, por desgracia identificaba conservadorismo con nacionalismo. Para los hombres de Gamarra, Perú y tradición fueron una sola cosa. Así nació la Constitución conservadora de Huancayo, 1839, en cuya confección aparecieron la mano aristocrática y oligárquica de don Felipe Pardo, el autocratismo de Gamarra, el autoritarismo de Vivanco, el eco de Pando. Frente a ellos, siempre aislado e irreductible, el puro e implacable Vigil.

Fué entonces cuando Manuel Ascencio Segura dió principio a su carrera literaria con la comedia «*El Sargento Canuto*» y con un conato de novela «*Gonzalo Pizarro*»: aquélla en el teatro, ésta en el periódico: en ambos casos aparece patente su volcamiento hacia el público, en reacción contra las aristarquía y capillas literarias. Justamente, así, se perfila su diferencia con el grupo que, proveniente de la Colonia, prolongó la tradición conservadora y de élite de ésta en la Universidad de nuestros últimos años republicanos. Se vincula, pues, íntimamente esta

circunscrita evolución del pensamiento y la expresión en el Perú con el teatro y el diario: el Teatro Principal de Lima, se inauguró en la noche del 12 de septiembre de 1839 y «*El Comercio*» de Lima, fué fundado por el chileno M. Amunátegui y por Alejandro Villota, el 4 de mayo del mismo año.

El teatro había vivido hasta ahí oscuramente. Ya hemos visto (Cáp. VI, t. II, «Literatura Peruana») cómo, durante la Colonia, realmente no hubo teatro hasta que Amat dió impulsos a la comedia y ello en buena parte por su tardía pasión hacia la comiquilla criolla apodada *la Perricholi*. Antes, se habían realizado algunas representaciones. Mugaburu habla de un drama *Santa Rosa* en el siglo XVII, pero, generalmente, hubo teatro sólo en ciertas festividades y entonces la farsa tenía por escenario un carro en cuya plataforma se presentaba la «Loa» circunstancial, dedicada a ensalzar al Virrey que entraba aquel día, al Santo a quien se festejaba, al Arzobispo cuya exaltación conmovía a la grey o al Príncipe recién nacido o al recién exaltado Monarca, para quien eran todas las alabanzas de los cómicos trocados, pasajeramente, en encarnaciones de «la Fama», «la Gloria», «la Bondad», «el Arte». No había, pues, teatro en un sentido estricto. Amat fué su creador. Se abrieron nuevos locales. Mezclando recitación y música, atraían al público que se interesaba ya vivamente por tales farsas. Pero no había autores teatrales. Y apenas se fué Amat, decayó el arte dramático, limitándose a representar piezas del teatro español, y aun algunas de éstas fueron prohibidas por la Inquisición, como en el caso de «*El Sí de las Niñas*», de Moratín. Luego, los escritores se interesan exclusivamente en problemas nacionales, investigaciones geográficas, estudios económicos, ensayos de climatología, etc. El Teatro no se abría ya, puesto que el café, la plaza y el sarao, servían de albergue a chismes, noticias, comidillas, cantos, bailes, conspiraciones: toda la gama de fines del siglo XVIII. Con la Independencia, tampoco desarrolló el arte dramático, excepto

ciertas pequeñas farsas laudatorias, dedicadas a los próceres, y algunas obras de autores españoles, como Ramón de la Cruz, los Moratín y más tarde, el Duque de Rivas. Los años aquellos se desenvuelven con un áspero compás guerrero. El teatro se hallaba en el campo de batalla. Por eso, solo mucho después surgieron Segura y los románticos. Segura observador, paciente, cachazudo y tierno; los románticos, imitadores, buscadores de aplausos. «*El Sargento Canuto*» encierra una sátira aguda a los militares. El *Sargento Canuto* representa—¿lo he dicho ya?— al soldado rápidamente ascendido, merced a acciones «guerreras», rebeliones y chara muscas; luego ¡quién sabe!, coronel, y, después—¿por qué no?— Presidente de la República. Segura, sin amargura, irónico y sin hiel, refiere los cuadros de su tiempo: época: cuadros de una época, tornada feble después de haber sido de bronce; por eso, pone en boca del Sargento Canuto, estos versos:

¡Vaya! ¡vaya! un militar
que ha llegado ya a Sargento,
no se debe acobardar
porque un paisano mugriento
se la quiere barajar.
Un militar tan sin tacha
no recula ¡voto a brío!
Si ese amorcillo me empacha,
yo llamaré en desafío
al amante y la muchacha;
y de mi acero el rigor
ha de despacharlos ¡cuernos!
a los profundos infiernos
a que allí sigan su amor

.....

Si alcanzo con más pericia
a atrapar a mi Sempronio
los talegos, la milicia
bien puedo darla al demonio
que es para mí una pigricia.

(Segura, «Artículos y comedias»,
p. 107).

Pero, ya al iniciar Segura su carrera teatral, trataba de imitar el romanticismo incipiente de entonces. Así como Larra escribió al par que artículos de costumbres, la novela histórico-romántica «*El Doncel de don Enrique el Doliente*», así, Segura quiso también tener una obra análoga—«*Gonzalo Pizarro*»—y la publicó en «*El Comercio*».

EL PERIODISMO: «EL COMERCIO»

«*El Comercio*» representó entonces una innovación en el arte periodístico del Perú. Antes de éste, habíanse sucedido muchas hojas efímeras. Raúl Porras, que ha trazado un bosquejo sintético del periodismo peruano, enumera y comenta:

«En 1839 «*El Comercio*» era un diario de avisos, de muy pocas noticias, tan falto de secciones informativas como «*El Mercurio*» o «*El Telégrafo*», cuyo tipo periodístico copiaba. Su poco sentido periodístico era tal que por la falta de secciones apropiadas, hubo vez que se ocupó de los toros en el folletín y de la crítica de las obras teatrales en el editorial. Su fortuna original estuvo en *los comunicados*. Sección repulsiva y amenazante, palestra del insulto y del anónimo, liza a veces de agudos contrincantes, *los comunicados* fueron la crónica que faltaba al periódico, crónica escandalosa y desvergonzada que exhibía como un calidoscopio inmoral, impudores y bajezas que debieron quedar ocultos. Pero *los comunicados* no fueron la razón

de su persistencia; otros diarios podían haberle arrebatado el monopolio deslustroso. Editado por un extranjero, «El Comercio», ya fuera por la nacionalidad de aquél, ya por un reflexivo principio de independencia, se mantuvo al margen de nuestra siempre accidentada controversia política. Su lema de los primeros años era *Orden, Libertad y Saber*. Sus editoriales rara vez rozaban la candente actualidad política, que desmenuzaban los comunicados. Desde 1840 en cambio, su voz se levanta con prestigio para defender la dignidad nacional herida por la impertinencia humillante de los cónsules de las grandes potencias, constituyéndose en nuestro vocero internacional ante el periodismo americano. En esta imparcialidad de «El Comercio», en su primera época, y en su preocupación de asuntos de más efectivo provecho que la política de partido para el país, estuvo la razón de su éxito.»

(R. Porras, «El Periodismo en el Perú», Lima, 1921, en «Mundial» 28 de julio).

Ahí, en «El Comercio», escribió Segura mucho. No era el diario, entonces un orientador, sino un espejo. Mientras las demás publicaciones reflejaban la ideología de sus redactores, «El Comercio» representaba sólo las pasiones de sus lectores. Literariamente, sirvió de vehículo a muchas polémicas. En la sección «Comunicados»—previo pago o no—exponía sus ideas y ventilaba sus predilecciones y rencores: el diario no editorializaba. Se limitaba a *informar* y dejar que los demás opinasen. Este género de periodismo, sin la pasión sectaria de los anteriores órganos de prensa, constituyó una novedad en el ambiente: novedad poco apreciable desde el punto de vista literario, pero mucho desde el escuetamente periodístico e informativo. Aquella semi-imparcialidad contribuyó a dar confianza a los lectores. Desde 1839, en «El Comercio» aparecen estudios y polémicas literarias interesantes como «Gonzalo Pizarro» de Segura; «Defensa de los carolinos de la doctrina de «La soberanía de

la inteligencia» (1846), las cartas de «El Hombre del pueblo» (1853), de Domingo Elías, las de Bilbao, Lorente—«a quienes ataca duramente la inteligencia conservadora»,—Gregorio Paz Soldán y otros.

De toda suerte, «El Comercio» significó entonces un acercamiento con el público. Y Segura se puso a cooperar en semejante empresa. Bajo la firma de «El Corresponsal» escribió muchos artículos sobre la vida provinciana, especialmente de la provincia de Pampas.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Mas no era «El Comercio» el único periódico. En 1840 apareció «El Espejo de mi tierra», de don Felipe Pardo, y Vigil proseguía su obra liberal en «El Correo» en compañía de Mariátegui, Benito Laso y otros. *El Espejo de mi tierra* representó el pensamiento conservador frente a la política y a la costumbre: el *Niño Goyito*—crema del limeño engréido—asoma entonces su inconfundible silueta. En cambio, Vigil y Mariátegui atacan la nueva autocracia, propagan ideas liberales, se esfuerza por defender la autoridad del pueblo contra los déspotas, y al clero peruano contra las pretensiones de la Curia Romana, lo que culminaría ocho años después con la célebre obra de Vigil sobre la *Defensa de los Gobiernos* (1848).

· «El Espejo de mi tierra», Lima, 1840.

· «El Correo», Lima, 1840.

Viejos actores de viejas luchas definen su actitud. El teatral Vidaurre, combatido por Vigil en 1827, publica entonces su «Vidaurre contra Vidaurre».

· «Vidaurre / contra Vidaurre /. Volumen 1.º / curso de derecho eclesiástico / dedicado / al señor doctor don José Manuel Pasquel, canónigo / y vi-

cario general de esta santa iglesia metropolitana de Lima /. Por L. M. Vidaurre / etc. / Lima / Imprenta del Comercio, por J. Monterola —* 1839».

Y ¡qué es lo que nos revela el desmelenado y declamatorio autor de «*Cartas Americanas*» y el «*Plan del Perú*»! Aparte de la confirmación de su inestabilidad y de su afán de exhibición que él confiesa, nos demuestra la ausencia de rumbo firme en la ideología de muchos hombres de entonces: los Vigil, los Sánchez Carrión, los Rodríguez de Mendoza, las Flora Tristán, los Pardo, los Melgar. En cambio, ¡cuántos Pandos, Larrivas, Olmedos y, el más representativo de la versatilidad, Vidaurre! Romanticismo enfermizo, vanidad hiperestésica, confesionalismo insistente como el de las «*Cartas Americanas*» (1823), tristeza—fingida o cierta—siempre vocinglera: «*Vidaurre contra Vidaurre*» es un mosaico de frases sonoras: «Embriagado en el tormento; queriendo aniquilarlo a fuerza de sentirlo» (p. 7) dice y agrega; «Me determino a abandonar el centro de Lima, y retirarme a una quinta. Jaula de cristal con vistas diversas al campo y los montes, descubriendo por un engaño óptico, como muy a lo lejos, las elevadas torres de la capital. Mil quinientos volúmenes todos selectos, y que contenían lo más exquisito de la literatura hasta el año treinta» (p. 9), etcétera... Vidaurre, en su insensata vanidad, al retractarse de su liberalismo de otrora, atribuye a las almas de Juliano, de Spínosa—«el mal judío»—y de Voltaire el que le «obligaron a escribir lo que ellos con sacrílega audacia dictaban. No, no es obra mía—no la reconozco, la niego. Me retracto de cuanto en ella se halla escrito contra el antiguo y nuevo testamento» (p. 19). Todo este fervor sospechoso podría ser enjuiciado, tal como el propio Vidaurre comentaba su liberalismo antañero, con sus propias palabras: «Eco de protestantes y libertinos, no por racional convencimiento, sino por frívolo y pasajero placer de que se me tuviera por un filósofo a la moda, adornado de buen sentido» (p. 42). Un hombre que escribe «Queden tranquilos Bos-

suet y Fenelón: las doctrinas de ellos no varían un punto de las mías» (171), y al final entrega su libro al dictamen de Jesús diciendo «Cristo va a dictar la sentencia» (p.195), no pasa de ser un ser pintoresco y baladrón. Sin embargo, se advierten en él huellas de involuntaria evolución hacia una nueva herejía, hacia el antiromanismo, cuando escribe: «en el concilio, y no en el Papa sólo, está la infalibilidad y la soberanía. En una República si la soberanía está en la nación, no está en el jefe por sí solo. *Lo que este jefe haga contra la voluntad de la Nación es un crimen*» (p. 71). Se acerca así el pensamiento de Vidaurre al de Vigil y los liberales peruanos: *antiabsolutistas, antiautocratistas, antipapistas.*

En la época del auge de la Mariscalía, del máximo desarrollo de la autocracia, mientras, al par, fermenta la inquietud liberal. Los años de revueltas y motines que se inician en el Perú en 1829, no permitieron aquilatar el sentido de los movimientos europeos de 1830. Pero, con todo, indirectamente—«eco de ecos, reflejo de reflejos», como diría de nuestra literatura, Riva Agüero—se insinúa la renovación que aquella reforma trajo consigo. En 1840 se plantean las premisas del futuro conflicto ideológico. De un lado, el conservadorismo se robustece con el joven clérigo Bartolomé Herrera; del otro, el liberalismo recibe refuerzos y orienta conciencias juveniles. Frente al San Carlos conservador se yergue el liberal Colegio de Guadalupe.

(Valdelomar, «La Mariscalía». Lima, 1915. Herrera, o. c. t. I y II; Vida J. G. Leguía, «El Perú en 1842». revista «Estudios», Panamá).

En efecto don Domingo Elías, rico hacendado de Ica, y político de emergencia, en unión del español don Nicolás Rodrigo, resolvieron establecer en Lima un Colegio que remozara las directivas educacionales. Confiando su dirección al marino don Ramón Azcárate, abrió sus puertas el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, el 7 de febrero de 1841. Este año fué decisivo

y funesto para los conservadores. Impulsado por sus rencores y ambiciones, Gamarra se lanzó a una absurda aventura guerrera contra Bolivia, y en el primer encuentro, en Ingavi, cayó muerto. Se produjo instantáneamente el desconcierto. Perú pagaba los errores de su Presidente: los pagaría a muy subido precio. En primer término, la herencia de Gamarra promovió motines sin cuento. Menéndez, Torrico y Vidal se alzan en armas en los años del 41 al 43; ¡Pintoresco cuadro!: ¡presidencias efímeras, entrada de bandoleros al Palacio de Gobierno; un Presidente arroja la banda presidencial por el balcón al pueblo enardecido; dos pretendientes, después de una batalla, huyen el uno del otro, creyéndose mutuamente derrotados; coroneles que son presidentes de un día, prefectos que resultan presidentes: Tristán, Lavalle, Figuerola, el negro León!.. Desde su retiro, Segura anotaba todo lo que veía: colaboraba en «La Bolsa» y hacía representar «La Moza Mala» y «La Saya y Manto». Cuchichean por los Portales tapadas pintorescas. Se puebla de pregones pícaros el ambiente. En los teatros actúan actrices importadas, Pardo, ya inmovilizado por la enfermedad, escribía versos agudos. Cierta desencanto entibiaba los antiguos ardores. La demagogia y el cuartelazo asqueaban al pulquérrimo defensor de la autocracia. En lugar de liberales sedicentes,—Mora o Pando—vendrá entonces un liberal auténtico, en la persona del joven profesor español don Sebastián Lorente. Los directores de Guadalupe le invitarían, y él, sediento de enseñar y de conocer, abandona su posición de España y se embarca, rumbo al Perú, en 1842. La reina, que le apreciaba, le dijo significativas palabras al partir.

Los liberales peruanos necesitaban refuerzos. Vigil carecía de seducción en el lenguaje para contrarrestar a aquellos conservadores puristas, duchos en el léxico. Además había nacido una nueva potencia conservadora en la persona de don Bartolomé Herrera, cuya fama se inicia con el discurso pronunciado el día que se celebraron las honras fúnebres a Gamarra.

DON BARTOLOMÉ HERRERA

Herrera (1808-1864) tenía entonces —1842— treinta y cuatro años. Había estudiado en el Convictorio Carolino reaccionario de Pedemonte en 1821, y se graduó en Derecho y Teología en 1828. Ese mismo año se ordenó de subdiácono y, al siguiente, de diácono. En 1831 era vice-rector del Colegio de Minería en Huánuco; el 32, en que Vigil pronunciaba su discurso contra Gamarra, Herrera se ordenaba sacerdote y recibió el vice-rectorado de San Carlos. Cura de Cajacay, regresó a Lima para actuar en la imposición del palio de su Ilustrísimo don Jorge de Benavente, en 1834. Herrera se reveló entonces como magnífico orador y pensador independiente: disentía en esos días del sentido ecuménico y romano. «Si en esto no se ve—decía Herrera—un reconocimiento solemne de nuestra libertad para elegir pastores, con el que ha querido solemnizar el cielo el día de la consagración de S. I. no podrá dejar de confesarse, al menos, el influjo de Dios».

(B. Herrera, «Escritos y Discursos», I, Lima, 1929, p. 9).

« En años menos felices — añade —, del otro lado del Atlántico venían los obispos a las Iglesias Americanas: sus nombres sonaban por la primera vez, en nuestros oídos, con la noticia de su presentación» (p. 11). Ahí también llama Herrera a la de Roma, «su respetable hermana la Iglesia de San Pedro» (p. 4) calificativo herético en que coincidía con Vigil. Luego Herrera fué nombrado director de «*El Peruano*» y, más tarde, Director de la Biblioteca Nacional, en reemplazo de Vigil, que cesó en ese cargo por breve tiempo para recuperarlo después, apenas cayó la Confederación. Herrera, que era orbegosista, pasó a ser cura de Lurín. Pero acaeció la derrota de Ingavi, y a la muerte de Gamarra, Herrera fué encargado de pronunciar la *Oración fú-*

nebre en las exequias celebradas el 4 de enero de 1842, en la Catedral de Lima. Una vez más el fuego de la inspiración llevaba al orador más lejos de lo que él quería. Su espíritu peruanista era— como en el sermón a Monseñor Benavente, más poderoso que su espíritu católico. Un odio nada cristiano animó la oración del joven sacerdote. «¡Ah!—dijo—La nación llora... llora sus hijos sacrificados; llora su honor empañado: la dignidad y el cadáver del Presidente hollados... ¿Quién que tenga sangre peruana, pensará en enjugar el justo llanto de la Nación? ¡No! No vengo a eso, señores: vengo a llorar también; a mezclar mis inútiles lágrimas con las de la Iglesia, y con las vuestras... Lloremos, señores». (p. 14). Lleno de elocuencia se alza y prosigue: «Por ahora yo no puedo pensar en esta victoria gloriosa sin que su muerte absorba mi alma de tal modo, que no me deja libertad para ocuparme de su vida. Hablaré de su muerte, castigo nuestro, y él que ha pasado ya por el juicio de Dios y habita en la mansión de la verdad, no echará de menos esas alabanzas, muchas veces mentidas, cuyo soplo sacrílego apaga la luz, que ciertos sepulcros están destinados a esparcir más que otros sobre las vanidades humanas. Desearía más bien, el grande hombre sacrificado por la salud pública, que su muerte produzca un sólido provecho. Estas razones me alejan del peligro, que rodea siempre a la Oración fúnebre, de cambiar el ministerio sagrado por la vileza de la lisonja. La verdad que me has confiado, Señor, es la de anunciar tu verdad a los hombres...» (p. 16).

Herrera enjuicia la evolución política del Perú. Si bien se había reemplazado la autoridad del monarca con «otro poder», muy pocos la acataban. «El principio de la obediencia pereció en la lucha de la emancipación. Los corazones se hallan desde el año de veinte en un estado de habitual rebelión; y hacen a la autoridad nacional, para su propio daño, una guerra tan ardiente y tenaz ahora, como la que hicieron para su bien entonces». ¡Qué distinto este tono al de Vigil que, en 1832, afirmaba: «la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes». Desde

1842, sería obsesión de Herrera, robustecer el principio de autoridad; y de Vigil, impedir que, al amparo de ese principio, se entronizase el despotismo. Herrera dirá (p. 18): «Está bien que averigüemos la razón de lo que se nos manda; que manifestemos lo que nos parece bueno o malo al Cuerpo Legislativo o al gobierno». Vigil había dicho: «Los peruanos no son vasallos de un rey, cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hace temblar: somos ya ciudadanos de un pueblo libre, somos el primer poder...». Herrera coincide con Vigil en que el Perú ha vivido sin leyes: «A la bajada del Monte, señores, se han roto las Tablas; porque las pasiones que ciegos adorábamos no eran compatibles con ese don del cielo». El mismo Herrera coincidía, por entonces, con el culto del amor patrio—caridad más perfecta que la particular—y este culto lo lleva a imprecicar a Dios a causa de la derrota de Ingavi: «¡Esos son, Dios mío, esos son los que asesinan enfermos!: ¿triunfarán?». «¿A qué horrorizarnos, señores, con la salvaje algazara de nuestros enemigos?» (p. 28). En este clamor nacionalista alcanza Herrera alturas de innegable lirismo. Quiero copiar unos párrafos vibrantes, del más puro acento oratorio: «¡Caed, valientes! ¡Caed entre las bendiciones de nuestros compatriotas! ¡Caed, cumpliendo, obedeciendo vuestros deberes! ¡Caed asombrando al mundo! ¡Pero, caed invocando al Señor, para que vuelen vuestras almas a la altura, donde únicamente pueden hallar premio digno vuestros hechos! Caed, que mientras exista el ser que os comunica ese ardimiento sobrehumano, la patria nada teme. Mas ¡ay!... cayó también. El fuego de su corazón había vencido ya dos veces a la muerte. Dos voces se habían levantado del sepulcro para animar de nuevo a sus soldados, y ese brazo cayó deshecho; y cayó la ignominia sobre la frente del Perú. Nuestras banderas... sólo una se salvó por el brazo de un digno soldado de la patria, bastante animoso para lanzarse en medio del tropel que iba a mancharla y levantarla pura. Este soldado que hizo lo que debieran muchos reunidos, tiene ya con justicia el nombre de todo un batallón. Las demás...

todas: esas banderas, que soltaron trémulas las manos de Bolivia al instante que vió nuestro semblante airado: Esas banderas que ofrecimos al Señor en este mismo templo; y que, palpitantes de regocijos y de esperanzas, entregamos a los defensores de la Nación: ¡esas banderas!... pisadas y manchadas se arrastran a nuevo cautiverio... un sacerdote extranjero, Dios mío, debiera acabar este cuadro de horror... yo sucumbo bajo los males, bajo la deshonra que envías a mi patria, (p. 26-27).

La aparición de Herrera significó un aliento enorme para los conservadores. Herrera aportó lo que Vidaurre hubiera querido traer: ideología cristiana. Pero Vidaurre despertaba desconfianza. El mismo había dicho, en las últimas líneas de su libro de conversión: «¡Ay Dios!... ¡La defensa de la religión de Cristo por ostentación y vanidad! ¿Cómo será juzgada esta misma obra? Tiemblo, me espanto, me estremezco. Cristo va a dictar la sentencia» («Vidaurre contra Vidaurre», p. 195). En cambio Herrera significaba un pensamiento coherente y firme. De la fecha en que escribió el discurso fúnebre a Gamarra, al 48, en que se definen posiciones en el Perú, Herrera realiza una considerable obra de predicador y polemista. Pertenecen a esa etapa su labor en el Convictorio Carolino, a donde lo llevó Vidal (1843); su oración fúnebre en las exequias de Fray Francisco de Salas Arrieta, y algunas polémicas con Vigil, Mariátegui, Lazo, Tirado, etc. En dicha oración fúnebre asoma el motivo de la polémica con Vigil: al referirse a la autoridad de los obispos, Herrera dice: «Los obispos y bajo su dependencia los párrocos, son los prelados que el Señor ha puesto a la cabeza de su Iglesia para que, como depositarios de la sacra doctrina, la difundan y conserven entre los fieles que les están encomendados», (p. 53).

J. G. Leguía, art. cit. Bol. Bibliog. de la Universidad;—G. Herrera, Biog. de don Bartolomé Herrera. T. I, cit. p. XXXIII.

PUEBLO Y COLONIA.

En igual período Lorente prepara en Guadalupe a los mejores espíritus liberales. Asoman los Gálvez—Pedro y José—admiradores de Vigil. Contra la anarquía surge la presidencia de Vivanco—aristarquista, literatizante y buen mozo—, a quien apoyan al par. Pardo y sus aristócratas, y Herrera y sus conservadores.

El periodismo adquiría cada vez un carácter más belicoso y procaz. El teatro servía o para representar piezas europeas o como desfogue de pasiones políticas. En tales circunstancias, los debates doctrinarios se desarrollaban incesantes, pero penosamente. El Gobierno de Vivanco fué breve. El «presidente bonito», el presidente académico, no pudo resistir el embate popular del General Ramón Castilla, ex compañero de Gamarra. Ante éste se encuentran perplejos los propios gamarristas como, por ejemplo, Pardo. Porque Castilla había salido de entre ellos, pero Vivanco encarnaba mejor sus gustos. Entre el iletrado Castilla y el literato Vivanco no cabía discusión para un escritor atildado como Pardo, cuyas predilecciones nobiliarias se acentuaban más y más. Pardo se revelaba plenamente aristocrático y engreído. Le ganaba, empero, cierto incipiente romanticismo. Se hablaba de *Child Harold* y de *Manfredo*, de *Félix de Montemar* y del Moro *Aben-Humaya*, de trasgos, de endriagos... En el fondo de cada ser fermentaba un leve byronismo. Sentían, esos criollos *entablonados* y cómodos, que su destino se tornaba trágico. Sólo ellos lo veían así, mas no importaba. Don Felipe Pardo había escrito ya, (1843) «La Lámpara», en donde decía en son de flébil queja:

En mi modesta llama, quizá, ejemplo
De consecuencia encontrarás sencillo;
Mas no de gloria y de grandeza el brillo
Pretendas ver que buscas con afán.

Lámpara solitaria, ardí en el templo,
 Y aunque con luz escasa ardí constante;
 Y por siete años que bramé incesante,
 No me apagó una vez el huracán.

.....

Otras las luces son que el puerto aclaran,
 Ya su esplendor en el bajel reparan
 Mil expertos artífices
 La vasta destrucción.

La lámpara ya a tanto no aprovecha
 Mas está de su suerte satisfecha:
 Que en la rada bellísima
 Ya ancló la embarcación.

(Pardo, o. c. p. 24-26).

Quedan así planteadas posiciones netas. La queja de «La Lámpara» tiene un simbolismo indudable. Sí, literariamente puede ser tomada como una especie de oficialización del romanticismo—preexistente en Melgar, Vidaurre y Bolívar—, ideológicamente señala una debilidad del conservadorismo colonialista ante el avance popular que Castilla encarnaba. Castilla derrotó a Vivanco en Carmen Alto. Al siguiente año, al conmemorarse el 28 de julio, de 1846, se encargó el sermón oficial a don Bartolomé Herrera. Y Herrera, aprovechando de la ocasión, delineó su pensamiento político. De ahí surgió la polémica con Lazo, que sirve para comprobar la incapacidad del público lector del Perú de entonces, habituado a la procacidad del comunicado periodístico e inepto para apreciar la altura de aquel debate muerto al nacer.

SOBERANÍA POPULAR VERSUS «SOBERANÍA DE LA INTELIGENCIA»

El sermón de Herrera es una pieza literaria inferior a la Oración fúnebre del 42. El mismo confiesa su propósito al afirmar: «Porque los gobiernos han tiranizado y porque cualquier ciudadano ha podido servir de instrumento a esta tiranía, se ha convertido a los gobiernos y a los ciudadanos en esclavos de lo que llaman voluntad del pueblo; esto es, gobiernos, ciudadanos y pueblo han venido a ser esclavos de la voluntad de los demagogos», (p. 67-8). Trataba de combatir la teoría del contrato social y que «supuesto que la soberanía a voluntad pública es un derecho, su origen está en la naturaleza, o hablando en más exactitud en Dios». Así enumera la teoría de la *soberanía de la inteligencia* (p. 115, 117, 131).

Herrera adopta un estilo elevado y severo: «Maestro—invoca—salvadme de corromper nuestra palabra; salvadme de traicionaros y de traicionar a mi patria, halagando las pasiones tumultuosas de las muchedumbres, a quien me habéis impuesto el deber de aumentar y conducir por el camino de la salud» (72). Por medio del providencialismo bossuetiano explica en seguida el descubrimiento y conquista del Perú, «el valor y el catolicismo de España» lo obtienen todo y, por eso, «el Perú, libre de la autoridad española, permanece siervo del Señor y sólo en esta servidumbre puede hallar la verdadera libertad» (79). «Los hombres son libres. Sí: lo son. Son libres porque están autorizados por Dios para atravesar, luchando con sus propias pasiones y con las ajenas y venciendo unas y otras, la senda que su dedo le ha trazado. Son libres, porque ninguna voluntad, ninguna suma de voluntades tiene derecho de dominarlos. Hay, pues, esclavitud cuando nos dominan nuestras pasiones u otras penas...» Y añadía: «no puede establecerse la paz y la armonía social, sin una autoridad que obligue al ciudadano en lo íntimo de su conciencia, de la que se sienta realmente súbdito, y de quien tenga una dependencia

necesaria: y esta autoridad es sólo la de Dios, soberano del universo. En el hombre sólo se puede respetar, pues, la autoridad que emane de Dios, como emana sin duda la de los jueces, la de los legisladores, la del jefe de cada Estado» (I, 83). Ya está aquí el criterio de autoridad impositivo e irrebajable. «Obedece a las autoridades constituídas»: he aquí una fórmula de servidumbre.

Don Benito Lazo protestó por este sermón que predicaba «contra la soberanía popular», dando a ésta «unicamente el sentido de una obediencia a las autoridades, conforme a la ordenación de Dios», tesis que fué admitida por Herrera. La polémica quedó interrumpida por algún exabrupto impreso, que Lazo encontró indigno; pero, como otros escritores atacaron su doctrina. Herrera hubo de volver a la brega. Se le acusó de haber enseñado en San Carlos «que la esclavitud era derecho natural, que la soberanía no residía en la nación, y que en la capacidad estaba el derecho de mandar» (115). Herrera contestó diciendo que «la capacidad da derecho a pretender el mando por los medios que la ley y la razón aprueban» (117), y más explícitamente: «el pueblo, esto es, la suma de los individuos de poca edad y condición, no tiene la capacidad ni el derecho de hacer las leyes» (131). En el examen escolar de diciembre de 1846, se renovó la discusión en San Carlos. Por esos mismos días «*El Correo Peruano*» y San Carlos debatían la cuestión de «la soberanía de la inteligencia», atribuyéndose lo del primero a Lazo (Herrera, I, 157). Y, como tenía que ocurrir, el buen humor criollo añadió a la seriedad de la polémica una punta de ironía: «la soberanía y la quina» es el título de un artículo burlesco de los carolinos, en enero de 1847. Entretanto «*El Comercio*» amparaba ya a los conservadores y «*El Correo Peruano*» a los liberales; se definían así dos tendencias.

La oratoria sagrada obtuvo con aquello serios progresos. El 28 de julio de 1847, Monseñor Charún, opuesto a la doctrina constitucional de Herrera, pronunció el sermón en la Catedral para desvirtuar sus afirmaciones. *Soberanía popular, nacionalis-*

mo antes que nada: he ahí la fórmula de los liberales; *soberanía de la inteligencia*, *romanismo*: he ahí la fórmula de los herreristas. El periodismo se alimentaba de aquel choque de doctrinas: una profunda inquietud convulsionaba al Colegio de San Carlos; surgían los poetas románticos, y así amaneció el año decisivo de 1848. Como una coincidencia augural, el 6 de enero de aquel año nacía en Lima don Manuel González Prada, en quien Vigil hallaría aventajado sucesor, y con el que el liberalismo evolucionaría hacia el radicalismo, y la agitación antihispana, anticlerical y anticolonial tendría su mejor vocero y su más alta cúspide.